

## ¿Y si llegasen a ser gobierno?

Por Jaime Guzmán

La altivez ha sido uno de los rasgos distintivos de la chilenedad. Siempre nos hemos enorgullecido de nuestro celo para defender la soberanía de Chile frente a injerencias extranjeras que puedan lesionarla.

Cierto es que, a veces, algunos han confundido tan noble sentimiento con una tendencia aislacionista o isleña, sustrayéndonos así del vertiginoso progreso de la era contemporánea, marcado por una ineludible interdependencia mundial.

Por otro lado, también cabe subrayar que la Constitución de 1980 reconoce expresamente que el respeto a los derechos esenciales que emanan de la naturaleza humana, limita incluso el ejercicio de la soberanía del Estado chileno, consagrando así una tesis que hoy gana creciente terreno en las sociedades libres, en agudo contraste de lo que sucede en los regímenes totalitarios.

Sin embargo, ni la necesidad de asumir la progresiva interdependencia mundial, ni el reconocimiento de la primacía de los derechos humanos sobre los marcos de la soberanía de los Estados, podrían jamás confundirse con cualquier forma de tolerancia hacia indebidas intromisiones foráneas en nuestros asuntos internos.

Los acuerdos adoptados por los delegados extranjeros a la reciente "Asamblea Parlamentaria Internacional", patrocinada por los partidos opositores de nuestro país, incursiona -con singular audacia e insolencia- en materias de exclusiva incumbencia de los chilenos, llegando incluso a negar el carácter democrático de nuestra Constitución Política, aprobada plebiscitaria-



mente en 1980 por dos tercios de la ciudadanía.

Y como ello no bastase, tras diversos juicios y recomendaciones acerca de los más diversos aspectos de nuestra realidad y destinos internos, ese documento alcanza su máxima osadía cuando dictamina que nuestra Constitución debe reconocer a todos los partidos políticos "sin exclusiones", pretendiendo constreñirnos así a legalizar al comunismo y demás expresiones totalitarias y violentistas.

Hubiese sido suficiente consignar un tajante repudio a semejantes bravatas intervencionistas, si no fuese porque ellas han sido no sólo aceptadas, sino **requeridas y fomentadas** por el grupo de ex parlamentarios chilenos que organizó el evento y que lo avaló con su activa participación en él.

Quienes se han prestado para tal ignominia, jamás podrán borrar el baldón que significa haber herido tan gravemente la dignidad de Chile, anteponiendo a ella sus intereses políticos subalternos.

La dependencia económica de ciertas colectividades chilenas que reciben financiamiento de las transnacionales partidistas a que pertenecen, se ha desnudado así en el más crudo debilitamiento del sentido patrio que dicho fenómeno genera.

Sólo queda que cada chileno responda en su conciencia a una interrogante. Si esos partidos llegasen mañana al Gobierno del país, **¿con qué vigor y autoridad moral podrían defender la soberanía de Chile frente a cualquier intervencionismo foráneo, después de haberlo fomentado como opositores con tan extrema ruindad apátrida?**